



Espiral

ISSN: 1665-0565

espiral@fuentes.csh.udg.mx

Universidad de Guadalajara

México

Aldana Rendón, Mario

Reseña de "La era de la información, realidades y reflexiones sobre la globalización" de Manuel
Castells

Espiral, vol. VI, núm. 18, mayo/agosto, 2000, pp. 285-316

Universidad de Guadalajara

Guadalajara, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=13861811>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Castells: la era de la información. Realidades y reflexiones sobre la globalización

Mario Aldana Rendón♦

Volumen 1. La Sociedad Red

Manuel Castells es el autor de un voluminoso texto: *La era de la información*, editado en tres volúmenes con 1,100 páginas, en los cuales, según palabras del autor, “intenta analizar el mundo surgido en las postrimerías del siglo XX, a partir de una serie de procesos inter-relacionados que constituyen una nueva era, la era de la información” (Castells, tomo I, p. 23).

Sociólogo de origen catalán, Castells afirma que se identifica con la cultura española, pero escribe en inglés, al que considera el nuevo latín, el lenguaje de la comunicación global. Dedicó doce años de su vida a la conclusión del presente trabajo, los más de ellos en la Universidad de California en Berkeley, pero en su obra, afirma, están presentes también sus experiencias profesionales en varios países de América Latina, por lo que considera que su investigación es una producción intelectual *multicultural* y no un simple producto californiano de exportación o una mezcla desordenada de memorias de viaje.

A lo largo de esta vasta investigación, Castells analiza las tendencias estructurales fundamentales de lo que

♦ Investigador del Departamento de Estudios sobre Movimientos Sociales del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades-UdeG

Castells, Manuel
*La era de la información.
Economía, sociedad y cultura*
Vol. I, 1990.
Vol. II, El poder de la identidad, 1999.
Vol. III, Fin de milenio, 1999
Siglo XXI editores, México.

define como la sociedad red, que no es otra cosa que la nueva estructura social dominante en la era de la información, un fenómeno mundial presente, en mayor o en menor medida, en todos los pueblos del mundo.

El eje central de esta nueva sociedad del nuevo milenio se encuentra en la revolución de las tecnologías de la información, cuyo principal carácter no es la acumulación de conocimiento e información, sino la aplicación de ambos en la construcción del aparato de conocimiento y procesamiento de la “información/comunicación en un círculo de retroalimentación acumulativo entre la innovación y sus usos”. Estas nuevas tecnologías no son simples herramientas, sino procesos de desarrollo, de tal suerte que los usuarios y sus creadores “pueden convertirse en los mismos”. Así, los ordenadores, los sistemas de comunicación y demás tecnologías informacionales son verdaderas ampliaciones de la mente humana y lo que ésta piensa se convierte en bienes, servicios, producciones materiales e intelectuales de uso diverso en la educación, la industria militar, la salud y la generación de imágenes (Castells, Op. Cit.; p. 58-59).

La revolución informacional, cuyos principales descubrimientos se dieron en Estados Unidos, en un punto denominado Silicon Valley, al sur de San Francisco, California, se constituyó en un nuevo paradigma de la Tecnología de la Información, cuyos rasgos esenciales son los siguientes:

1. La información es su materia prima: “Son tecnologías para actuar sobre la información”, no información para actuar sobre la tecnología.
 2. Su capacidad de penetración en los procesos de nuestra existencia individual y colectiva, a través del control de la información.
-

3. Su morfología de red le permite materializarse en todo tipo de procesos y organizaciones mediante tecnologías de la información.
4. Su flexibilidad y capacidad para reconfigurarse.
5. La convergencia “creciente de tecnologías específicas en un sistema altamente integrado (p. 88-89).

Para Castells, la economía a escala mundial que se desarrolló en las últimas décadas es una economía “informacional y global”. Es informacional porque el proceso de producción y distribución depende de su “capacidad para generar, procesar y aplicar con eficiencia la información basada en el conocimiento”; es global porque tanto la producción, el consumo, la circulación y sus componentes (capital, trabajo, materias primas y mercados) están organizados de manera global. Por lo tanto es informacional y global porque, en estos momentos, tanto la producción como la competencia se realizan a través de una red de vínculos entre los diferentes agentes económicos.

En la nueva economía, las empresas no tienen como motivo principal la producción (productividad), sino la rentabilidad, que buscan por varias vías: reduciendo los costos de producción, aumentando la productividad, ampliando el mercado y acelerando la rotación de capital. Castells afirma que, en la nueva economía global, se empezó a gestar otra vía mucho más importante que las anteriores: la lucha por la cuota en un mercado ampliado.

La competitividad está sujeta a la interdependencia creciente de la economía, sobre todo en los mercados de capital, haciendo cada vez más difícil la existencia de las llamadas políticas económicas nacionales, en virtud de que las naciones, al mismo tiempo que luchan por conservar sus identidades, se



ven en la necesidad de establecer estrategias de colaboración con unas, para competir contra otras.

Ante una política de desregulación económica global, los Estados-nación se encuentran ante el dilema de privatizar sus activos e impulsar una política orientada al incremento de la competitividad de las empresas nacionales, o conservar las políticas tradicionales en el marco de sus fronteras nacionales. En el primer caso, los Estados perderán su carácter benefactor; en el segundo, el país quedaría rezagado en todos los planos de la innovación tecnológica.

La economía global, según Castells, es mucho más que una economía mundial que ya existía desde el siglo XVI. La característica fundamental de la economía global es su capacidad para funcionar como una unidad en tiempo real y a escala planetaria (p. 120). El capital se mueve las 24 horas del día en todos los mercados financieros por medio de circuitos electrónicos y, en pocos segundos, se pueden realizar transacciones millonarias.

Si bien el capital se mueve a escala global, la mano de obra no, salvo un pequeño número de expertos y científicos. Las empresas buscan colocar sus inversiones ahí donde la mano de obra sea más barata o calificada, o ambas cosas; de ser necesario, la mano de obra experta puede ser trasladada de donde se encuentre y el trabajo (trabajadores) estará disponible en cualquier lugar en donde la pobreza pueda imponer condiciones laborales inferiores.

En la Era de la Información, dice Castells, la tendencia visible es la globalización total de la economía; pero advierte que un mercado mundial completamente abierto no será posible en un futuro inmediato, “mientras haya Estados-naciones (o asociaciones de Estados como la Unión Europea) y mientras los go-

biernos estén presentes para fomentar los intereses de sus ciudadanos y las empresas de los territorios bajo su jurisdicción en la competencia global" (p 125).

En estos momentos, dice, lo que existe es una "economía global regionalizada" en donde sobresalen tres bloques: el del TLC, la Unión Europea y la región del Pacífico asiático. La utilización de este término no es un contrasentido, según Castells, porque a escala global, los actores económicos se mueven por una red global que elimina las fronteras nacionales; pero al mismo tiempo, en la escala de la política, los gobiernos nacionales no son ajenos a los procesos económicos. Lo que importa, afirma, es que donde se realiza la producción, el comercio y la acumulación de capital es en la escala global.

Esta llamada economía global no abarca aún todos los procesos económicos del planeta, ni incluye a todos los territorios, ni a todas las personas; sus efectos atañen a todo el planeta, pero su "operación y estructura" es visible sólo en algunos segmentos, ya de las estructuras económicas, ya de los países o regiones, en proporciones variables. Sin embargo, a pesar de que la mayoría de la gente no trabaja en, ni consume los productos de la economía informacional, todos los procesos económicos y sociales tienen relación con ella.

Lo que tenemos en este momento, dice Castells, es una estructura económica global en un mundo asimétricamente interdependiente, basado en tres regiones económicas en plena competencia, soportadas en vastos recursos productivos e informáticos, rodeados de grandes zonas empobrecidas y socialmente excluidas. En esta arquitectura económica ha surgido una nueva división internacional del trabajo: los productores de alto valor basados en el trabajo informacional; los productores de gran volumen, ba-



sados en el bajo costo del trabajo; los productores de materias primas, basados en los recursos naturales; y los productores redundantes, sin más recursos que su trabajo devaluado.

Las organizaciones y empresas exitosas son aquéllas capaces de generar conocimientos y procesar la información; de adaptarse a la variable geométrica de la economía global; de tener flexibilidad para reconvertir sus fines y medios de manera rápida; y de innovar “cuando la innovación se convierte en el arma clave de la competencia”. La “empresa red”, según Castells, “materializa la cultura de la economía informacional/global: transforma señales en bienes mediante el procesamiento del conocimiento” (p. 199-200).

La nueva organización económica mantiene sus raíces culturales e instituciones del medio social en que se desarrolla. La empresa red tiene una marcada caracterización regional y, por ejemplo, en la región asiática se han alcanzado ventajas comparativas gracias a que sus empresas se sostienen en sus tradiciones culturales, con el apoyo institucional: en Japón, en la lógica comunitaria; en Corea del sur, en una patrimonial; y en Taiwan, en una lógica patrilineal.

Estas empresas del sureste asiático mantienen culturas impregnadas por sus valores religiosos y filosóficos tradicionales (budismo y confucionismo), en donde la unidad social básica es la familia y la confianza mutua aparece como la estructura de valores que soporta a las diferentes actividades empresariales. Aunque en estos países el Estado se apropió de la sociedad civil, fue determinante como agente modernizador autoritario de la economía de la región (Cfr. p. 208-218).

Emulando a Max Weber (*La ética protestante y el espíritu del capitalismo*), Castells afirma que en la

empresa red existe una base ética, un “espíritu del informacionalismo” que no es una nueva cultura en tanto sistema de valores, ni tampoco un conjunto de instituciones; pero sí un código cultural común que se aplica en su funcionamiento diverso. Este código está formado por muchos valores y muchos proyectos que se materializan en una especie de cultura de lo efímero, apropiada para cada ocasión y decisión particular, una cultura “multifacética y virtual”. Así, el “espíritu del informacionalismo” no sería otra cosa que la cultura de la destrucción creativa “acelerada a la velocidad de los circuitos optoelectrónicos que procesan las señales” (p. 227).

En la economía de la sociedad informacional, el trabajo sufrirá grandes transformaciones: en la agricultura seguirá a la baja, igual que el trabajo industrial, aunque éste lo hará a un ritmo más lento. La mano de obra cesante será transferida a los servicios para la producción, sobre todo en los campos de la salud y la educación; en tanto que los empleos que generen las tiendas minoristas, la demanda será una mano de obra de escasa calificación. En sentido inverso, al mismo tiempo se prevé un rápido ascenso en los puestos ejecutivos, profesionales y técnicos, así como la formación de un “proletariado” de cuello blanco, compuesto por oficinistas y vendedores.

El creciente desempleo y los bajos salarios de los trabajadores no debe atribuirse, dice Castells, a las tecnologías de la información, ni aceptar que se camina hacia una sociedad sin trabajo; lo que sucede, afirma, es que el nuevo sistema de producción requiere de una nueva mano de obra y, por lo tanto, los trabajadores que no se adapten a las nuevas exigencias de calificación laboral podrán ser desplazados o devaluados, esto es, ocupar los puestos más bajos en

los que no se requiera ningún tipo de conocimiento específico.

Otros cambios fundamentales que la reestructuración empresarial está impulsando son la individualización del trabajador; las nuevas tecnologías aplicadas a la organización de las empresas buscan descentralizar la gestión, individualizar el trabajo, personalizar los mercados y, por lo tanto, “segmentar el trabajo y fragmentar las sociedades”. El trabajo de tiempo completo está siendo sustituido por la jornada flexible y de duración parcial. En estas condiciones, la seguridad laboral deja prácticamente de existir; los contratos son impuestos por las empresas; se amplía el mercado laboral para las mujeres de alta calificación pero sujeta a salarios bajos y, salvo una mano de obra más especializada y profesionalizada, el resto se convierte en “una mano de obra desechable que puede ser automatizada o contratada/despedida/externalizada, según la demanda del mercado y los costos laborales. La consecuencia final de todo esto será la pérdida de fuerza de los sindicatos, quedando anulados como fuerza política representante legítima de los trabajadores.

Lo específico de los nuevos sistemas de comunicación “no es su inducción de la realidad virtual, sino la construcción de la virtualidad real” (p. 405). La realidad, afirma Castells, siempre ha sido virtual porque se percibe por medio de símbolos que tienen un significado comprensible.

Lo que caracteriza al nuevo sistema de comunicaciones es su capacidad para incluir y abarcar todas las manifestaciones culturales, al mismo tiempo que transforma el tiempo y el espacio, dimensiones fundamentales de la vida humana. Las localidades pierden su identidad al integrarse en las redes de

imágenes y el espacio de los flujos y el tiempo atemporal se convierten en los pilares de la nueva cultura: la cultura de la virtualidad real.

La sociedad informacional está construyéndose en torno a flujos: de capital, de información, de tecnología, de imágenes, sonidos y símbolos; flujos que no son un elemento más de la organización social, sino la expresión de los procesos que dominan nuestra vida económica, política y simbólica.

Castells propone la hipótesis de que “hay una nueva forma espacial característica de las prácticas sociales que dominan y conforman la sociedad red: el espacio de los flujos, ... que es la organización material de las prácticas sociales en tiempo compartido, que funcionan a través de los flujos” (p. 455).

El espacio de los flujos en la sociedad informacional puede describirse por medio de tres capas de soportes materiales que los constituyen: la primera está formada por circuitos de impulsos electrónicos que forman la base material de los procesos estratégicos de la sociedad red; es una forma espacial que puede ser una ciudad o una región de la sociedad industrial o de la mercantil; en esta red, los lugares no desaparecen, pero su lógica y su significado quedan absorbidos por ella; la segunda capa está constituida por nodos y ejes; es una red electrónica que conecta lugares específicos con características sociales, culturales, físicas y funcionales bien definidas; la tercera capa hace referencia a la organización de las élites gestoras dominantes que “ejercen las funciones directrices en torno a las que ese espacio se articula” (p. 448).

La manifestación espacial del dominio de las élites adquiere dos formas: en una, las élites forman su propia sociedad y constituyen comunidades aisladas simbólicamente protegidas por las barreras del



precio de su propiedad inmobiliaria; en otra, las élites se distinguen culturalmente porque crean un estilo de vida y de formas espaciales encaminadas a unificar “su entorno simbólico en todo el mundo”, logrando suplantar la especificidad histórica de cada localidad (hoteles internacionales cuya decoración, servicios y precios es similar en todas partes).

El tiempo lineal, el del reloj y el de la historia, dice Castells, se está haciendo añicos en la sociedad red, “en un movimiento de significado histórico extraordinario” (p. 467). El tiempo no se relativiza, sino que se está creando un universo eterno, autosostenido, aleatorio e incurrente; es una mezcla de tiempos en donde, gracias a la utilización de las tecnologías informáticas, permite –mediante un escape de la realidad– ofrecer el presente eterno: el tiempo atemporal.

Por primera vez ha surgido un mercado de capital unificado y global que *funciona en tiempo real*; el capital se traslada en instantes de una a otra economía. La especulación financiera no es otra cosa que un casino global, en donde el tiempo es una importante fuente de valor y los apostadores están atentos a las aperturas de los casinos de Londres, Nueva York y Tokio; mesas de juego que, con sus husos horarios, fijan los cambios y las apuestas del capital.

El tiempo ha trastornado la jornada laboral y cada trabajador, en la economía red, tendrá que gestionar el tiempo y la clase de trabajo. El tiempo flexible y parcial ha permitido el ingreso masivo de las mujeres al trabajo, poniendo en crisis la vigencia de la familia patrimonial.

El tiempo también define las nuevas estrategias bélicas; una vez superada la posibilidad de un masivo enfrentamiento nuclear, la guerra sobrevive en el plano de los intereses geopolíticos de la potencia

hegemónica (Estados Unidos) o de sus aliados. Las nuevas reglas de combate son contundentes; la guerra: 1) No debe implicar a los ciudadanos comunes y debe ser tarea de un ejército profesional; 2) debe ser corta, instantánea de ser posible, de modo que las consecuencias en vidas humanas y recursos económicos no impulsen a la sociedad a cuestionar la acción militar; 3) debe ser limpia, esterilizada, manteniendo la destrucción del enemigo dentro de límites razonables (como sucedió en la llamada Guerra del Golfo).

La cultura de la virtualidad real surgida del sistema multimedia (el tiempo virtual) transforma el tiempo en su simultaneidad y en su atemporalidad. Cuando el espectador elige un canal de comunicación se produce un “*collage intemporal*” sincrónico, en un horizonte temporal plano, sin principio, sin final. La historia pierde la secuencia cronológica, creándose una cultura “al mismo tiempo, de lo eterno y lo efímero” (p. 497). De lo eterno porque llega de un lado a otro en la atemporalidad del hipertexto del multimedia; y de lo efímero porque cada secuencia específica depende de los impulsos o demandas del consumidor.

Volumen II.
El poder de la Identidad

En este volumen, Castells analiza el surgimiento de expresiones de identidad colectiva que “desafían la globalización y el cosmopolitismo en nombre de la singularidad cultural y del control de la gente sobre sus vidas y sus entornos” (Vol. II; p. 24). Estas expresiones colectivas se construyen por tres vías: como identidades legitimadoras, de resistencia o como identidad proyecto.

Las identidades legitimadoras, dice Castells, “generan una sociedad civil”; un conjunto de organizaciones de todo tipo, que reproducen la identidad que racionaliza las “fuentes de dominación estructural”. Por su parte, las identidades para la resistencia conducen a la formación de comunas o comunidades que adquieren formas de resistencia contra la opresión, a partir de una identificación histórica, geográfica, biológica o cultural de los actores sociales. Las identidades proyecto producen sujetos, pero éstos no son individuos, son un actor social colectivo a través del cual “los individuos alcanzan un sentido holístico en su experiencia”. La identidad se convierte en un proyecto de vida, a partir de una identidad oprimida, que busca la transformación de la sociedad como una alternativa para prolongar su proyecto de identidad (Cfr. Castells; p. 32).

Castells aborda el análisis de los fundamentalismos: islámico –especialmente en Irán–; el cristiano –o patriota– de Estados Unidos; los nacionalismos que se enfrentan al Estado, como en el caso de la vieja Unión Soviética; el nacionalismo sin Estado de Cataluña; la identidad colectiva afroamericana y la discriminación racial; y la búsqueda y reafirmación de las identidades territoriales en las comunidades locales.

Estos movimientos surgen como reacciones sociales a las condiciones impuestas o imperantes en alguna sociedad, a las que se oponen desde una base cultural, como identidades defensivas en contra del mundo exterior. Según Castells, se organizan en torno a un conjunto de valores, de Códigos específicos con los que se identifican como la comunidad de creyentes, el nacionalismo y sus símbolos, la geografía y el paisaje local.

Tanto el fundamentalismo religioso como el nacionalismo cultural y las comunas territoriales son movimientos que reaccionan en contra de la globalización, que disuelve la autonomía de las instituciones, las organizaciones y las formas de comunicación donde vive la gente; contra las nuevas tendencias laborales que individualizan las relaciones sociales de producción y provocan la inestabilidad laboral y familiar; y también reaccionan en contra de la crisis de la familia patriarcal, en la que se sustentan los mecanismos de construcción de la seguridad, la socialización, la sexualidad y la identidad personal.

Dice Castells que: Dios, patria y familia serán la fuente de los “Códigos eternos”, valores indestructibles, en torno a los cuales se “organizará una contraofensiva a la cultura de la virtualidad real” (Vol. II; p. 89).

En la sociedad informacional, salvo unos cuantos miembros de la élite dominante en el mundo, el resto de las personas está perdiendo el control de sus propias vidas y destinos; de sus trabajos y de su economía; de sus gobiernos y de sus países, e incluso sobre el destino del planeta. A este estado de cosas se están dando respuestas de resistencia social que tienen, o dicen tener, como principal enemigo a la globalización y el orden mundial surgido de ella.

Como ejemplos de estos movimientos, Castells analiza tres casos: los zapatistas de Chiapas; la milicia estadounidense y el Aum Shinrikyo de Japón. En estos casos advierte el autor que no cuestionará la verdadera identidad del movimiento en sus postulados y proyectos, aceptándolos por lo que ellos dicen ser, buscando simplemente caracterizarlos “atendiendo a su propia dinámica específica y a su interacción con procesos más amplios que provocan su existencia y resultan modificados por la misma” (p. 93).

Para Castells, los zapatistas de Chiapas formaron la primera guerrilla informacional y define al subcomandante Marcos como un intelectual muy culto, “que habla varias lenguas, escribe bien, es extraordinariamente imaginativo, tiene un gran sentido del humor y se encuentra cómodo en su relación con los medios de información” (p. 99).

El zapatismo, para Castells, es un movimiento que se opone al nuevo orden global y que lucha contra las “consecuencias excluyentes de la modernización económica”, desafiando la supuesta inevitabilidad del nuevo orden capitalista. Considera Castells que la identidad étnica, aunque presente, no es un elemento decisivo de su lucha, pero una de sus banderas es el reconocimiento de los derechos indígenas en la Constitución mexicana (Cfr. p. 100).

Los zapatistas, dice Castells, no son subversivos, sino patriotas mexicanos levantados en armas en contra de la dominación del imperialismo estadounidense. Son demócratas, en tanto que apelan al artículo 39 constitucional, que proclama el derecho del pueblo a alterar en todo momento la forma de gobierno. Reconoce la habilidad del movimiento y de sus dirigentes para iniciar su lucha en un año de elecciones presidenciales, lo que impidió, piensa Castells, que fueran reprimidos por las fuerzas del ejército.

Sin embargo, para Castells, el gran éxito de los zapatistas se sustentó en su estrategia de comunicación con el mundo y con la sociedad mexicana a través de la Internet, logrando cautivar a los intelectuales mexicanos y de varios países europeos, arraigando a un movimiento débil en la primera fila de la política mundial. Si bien el futuro del movimiento es incierto, según Castells, “su sublevación cambió a México, desafiando la lógica unilateral de

la modernidad, característica del nuevo orden global" (p. 105). Su actuación, afirma, agudizó las contradicciones entre los diferentes grupos del PRI, provocando el fin de la hegemonía política priista y, al mismo tiempo, todas las debilidades de la economía mexicana, llena de euforia en ese momento, quedaron al descubierto.

Tanto los zapatistas, como los patriotas estadounidenses y la secta Aum de Japón, dirigen su lucha en contra de un enemigo común: el nuevo orden mundial. Sin embargo, sus motivaciones son muy diferentes: para los zapatistas, además de luchar contra el nuevo orden global, luchan particularmente contra el TLC, el imperialismo estadounidense y contra el régimen priista; para los patriotas estadounidenses, el enemigo es el gobierno mundial de la ONU y el gobierno federal estadounidense; para Aum, la amenaza proviene de un gobierno mundial dominado por los intereses económicos transnacionales, con el apoyo de la policía japonesa.

Estos movimientos han fortalecido una identidad que los unifica: los zapatistas se consideran indios mexicanos excluidos; las milicias estadounidenses son ciudadanos que luchan por su soberanía y sus libertades (locales), en tanto que los miembros de Aum son individualidades físicas en una comunidad espiritual reconstruida. Parte fundamental del éxito de estos movimientos se debe a su presencia en los medios de comunicación y su manejo de la tecnología informacional.

El movimiento ecologista se ha ganado un lugar destacado en el espacio global de las preocupaciones humanas. Salvar la tierra en el largo plazo y a la humanidad en el corto plazo es una bandera que ha ganado millones de adeptos y simpatizantes en todos los países y culturas del planeta.

No es un movimiento homogéneo porque, al interior del mismo, existen diferentes matices, variaciones, contenidos y formas de acción para cumplir sus propósitos; pero los ecologistas han encontrado una clara relación entre el avance tecnológico y el deterioro ambiental, que ha favorecido una nueva identidad a escala mundial: la identidad verde.

Las tesis ecologistas más importantes abordan cuatro temas principales:

1. La ciencia contra la ciencia; la respuesta científica de los ecologistas en contra de la ciencia y de la tecnología aplicada en la naturaleza y en la vida humana.
2. El ecologismo basado en la ciencia, defendiendo un conocimiento superior que supere las visiones científicas fragmentadas que sólo satisfacen instintos básicos.
3. La redefinición del tiempo y el espacio, privilegiando la interacción social, el respeto a las localidades y el control de la gente de su espacio vital. Todo esto, en contra del espacio dominado por los flujos y el tiempo atemporal, introduciendo la noción del tiempo glacial, tanto en la conciencia como en la política, para evitar “que, con el tiempo”, el equilibrio ecológico sufra consecuencias catastróficas.
4. Una nueva identidad: la cultura de la especie humana como componente de la naturaleza. El ecologismo adquiere a la vez una visión local y una global: globalización en la gestión del tiempo; localista en la defensa del espacio.

En la era de la sociedad informacional, la familia, en su expresión tradicional patriarcal, está en crisis a causa de las transformaciones que han sufrido las condiciones laborales y la conciencia creciente de las

mujeres, del nuevo rol que desempeñan en la nueva sociedad. Castells considera que si se desmorona esta institución milenaria, “todo el sistema del patriarcado y el conjunto de nuestras vidas se transformará” (p. 161). En su opinión, cuatro elementos contribuyen al debilitamiento de la familia tradicional:

1. La transformación de la economía y el mercado laboral, en estrecha relación con la apertura de mayores oportunidades educativas para las mujeres.
2. Las transformaciones en la biología, la farmacología y la medicina, que han permitido a las mujeres el control del embarazo.
3. El impacto del movimiento feminista en el soporte ideológico del patriarcado.
4. La rápida difusión de las ideas de la cultura globalizada y un mundo interrelacionado, que ha favorecido que se junten las voces y las ideas de las mujeres.

En estos momentos, de manera especial en los países desarrollados, estas causas señaladas provocan una masiva destrucción de hogares y familias. La incompatibilidad entre el matrimonio y el trabajo obliga a las parejas a retrasar la edad para casarse y para concebir hijos, lo que a su vez provoca el envejecimiento de la población. Cada vez nacen más niños fuera del matrimonio o dejados al cuidado de uno de los padres (generalmente la mujer). Todos estos factores minan los viejos valores en que se sostiene la familia patriarcal.

El marcado avance de los movimientos feministas en todo el mundo está contribuyendo a construir una identidad colectiva nueva que supera el paso de las mujeres en lucha por sus derechos políticos, al movimiento feminista que reconoce como principales banderas: la defensa de los derechos de la mujer; el

feminismo cultural, el feminismo esencialista y el feminismo lesbiano.

La globalización, por otra parte, también ha debilitado el papel del Estado-nación por la influencia de tres elementos: la economía, la comunicación electrónica y la delincuencia global. Los Estados-nación, dice Castells, están perdiendo, y lo seguirán haciendo, el control sobre elementos fundamentales de sus políticas económicas. El grado de libertad que tienen los gobiernos para establecer sus propias políticas económicas, atendiendo al interés nacional, se ha reducido ante la gran movilidad que observa el capital en todos los ramos de la economía global. También se ha minado la capacidad institucional de los Estados para sostener el llamado “Estado de bienestar”, que no es otra cosa que una suerte de pacto social con las clases trabajadoras para conservar, y en su caso mejorar, los servicios sociales de salud, educación, trabajo, asistencia y retiro. Un componente fundamental que legitimó y estabilizó a los Estados está a punto de desaparecer.

Los Estados-nación también han perdido el control de los medios de información y de comunicación, los cuales están en manos privadas, que se escapan al control estatal y que no pueden ser tocados de ninguna manera, porque se consideraría un ataque a la libertad de expresión y al sistema democrático. En cambio, las instituciones están más vigiladas y cuestionadas que nunca, ante la creciente demanda social de conocer información antes vetada.

Otro elemento que socava la fuerza legítima del Estado es la penetración global de las redes del crimen organizado en las entrañas de los gobiernos, sistemas de justicia, partidos políticos, negocios y prácticamente todas las esferas de la vida social.

La era de la información también ha hecho posible la aparición de la “política informacional”, la cual introduce nuevas reglas de juego que afectan de manera importante la esencia tradicional de la política. Los medios de comunicación y el Internet se convirtieron en el espacio privilegiado de las luchas del poder político, con base en la credibilidad que dichos medios han alcanzado en las sociedades más avanzadas.

Si bien la política de los medios no es toda la política, toda política debe pasar por los medios. La vieja política se ha convertido en un espectáculo de horario privilegiado en la televisión: importa la persona y su imagen, no el partido; el conflicto público, no el acuerdo; las malas noticias, no las buenas; el escándalo, no la verdad. La publicidad política se concentra en mensajes negativos, orientados a destruir las propuestas y la imagen del oponente, basados en postulados de la ciencia política de que los mensajes negativos se retienen mejor y a la larga influyen en la opinión pública.

Castells considera que la política se está “americanizando” por el uso creciente de los medios en las campañas de todo el mundo. En su opinión, “la tecnología, la globalización y la sociedad red incitan a los actores y a las instituciones políticas a participar en la política informacional impulsada por la tecnología” (p. 361). Esta política es la del “escándalo”, el arma “elegida para luchar y competir en la política informacional” (p. 371).

Pero los medios son muy caros, aun para los políticos de los países desarrollados, y cuando se agotan los recursos económicos legalmente obtenidos para las campañas, los gastos continúan y en ese momento aparece el dinero de origen dudoso o claramente criminal, lo que, según Castells, produce “una matriz



de corrupción política sistémica, a partir de la cual se desarrolla una red en la sombra de negocios intermedios” (p. 371).

Paralela a la crisis del Estado-nación, se vive una crisis de credibilidad en las instituciones políticas y democráticas; el sistema de partidos ha perdido su atractivo y la confianza pública. Existe un descontento creciente en contra de la política y de las instituciones que la sostienen y, en los países desarrollados, así como en buena parte de los de medio desarrollo, la gente no se siente representada por sus gobiernos. Es pues indispensable reconstruir la democracia y, para ello, Castells propone varias opciones:

1. Recrear el Estado y los poderes regionales y locales.
2. Incrementar la participación política y la comunicación horizontal entre los ciudadanos.
3. Desarrollar la “política simbólica” y la movilización en torno a causas “no políticas”, aprovechando las redes electrónicas.

En las conclusiones del volumen II, Castells considera que el movimiento obrero parece estar superado por la historia; no es inminente su desaparición y los sindicatos seguirán por un tiempo, siendo actores políticos y sociales importantes pero, por las características del trabajo en la era de la información, “el movimiento obrero no parece adecuado para generar por sí mismo, y a partir de él, una identidad proyecto capaz de reconstruir el control social y las instituciones sociales en la era de la información (p. 400).

Los partidos políticos, dice Castells, también han agotado sus posibilidades como agentes del cambio social, pero seguirán funcionando como instrumentos para canalizar las demandas de la sociedad.

Los nuevos actores sociales no serán los partidos políticos, ni los trabajadores, ni el Estado-nación,

sino los movimientos ecologista, feminista, fundamentalista religioso, nacionalista y localista. Nuevas identidades sociales y políticas se están gestando; por una parte, los profetas, personalidades simbólicas que dan rostro a una sublevación simbólica, que hablan en nombre de los insurgentes, como sería el caso del guerrillero Marcos, o del compadre Palenque.

Al lado de los profetas se vislumbra una nueva organización social y de "intervención interconectada y descentralizada (como) característica de los movimientos sociales", que se enfrenta y contrarresta a la "lógica interconectada de dominio de la sociedad informacional" (p. 401). Es el caso del movimiento ecologista y de los movimientos de mujeres, de los rebeldes contra el orden global y de los fundamentalismos religiosos. Estos movimientos, construidos en red y descentralizados, dificultan la identificación de los nuevos proyectos de identidad que se están construyendo en el mundo.

Volumen III.
Economía, sociedad y cultura

En este último volumen, Castells aborda problemáticas sociales diversas: la crisis del estatismo soviético y la disolución de la URSS; la disolución del Estado nación como consecuencia de la pobreza extrema y la depredación institucional que vive la mayor parte del continente africano; los llamados hoyos negros de la pobreza y la discriminación en Estados Unidos; la explotación y el maltrato a los niños; las características globales del crimen organizado, el fundamento multicultural de la llamada región del Pacífico asiático y las características del Estado red, de la Unión Europea.

En su detallado análisis, Castells, explica el esfuerzo impuesto por el régimen soviético, para convertir a una sociedad pobre y atrasada en una potencia militar que incluso, en un momento dado, llegó a tomar la delantera en la carrera espacial. El costo de esta hazaña fue muy elevado para la sociedad, que tuvo que aceptar una triste sobrevivencia en condiciones de escasez permanente, porque el aparato político soviético exprimió a la agricultura para subvencionar el crecimiento industrial y urbano. El proyecto de desarrollo consideró prioritarios la producción de bienes de capital y la extracción de materias primas, con el fin de lograr la autosuficiencia, dejando abandonadas, o sin mucha atención, la generación de bienes de consumo, la vivienda y los servicios. Con una economía centralizada que determinaba los precios y los circuitos de comercialización desde las oficinas de la burocracia, el proyecto soviético dirigió todo el esfuerzo productivo de su pueblo en torno a la industria militar, la que se concibió en la razón de ser del Estado leninista.

El resultado de esta profunda deformación de los principios socialistas culminó con la conformación de una élite poderosa y rica, en la cúspide del poder del Partido Comunista, y un pueblo empobrecido carente de expectativas de bienestar, permanentemente movilizado por el aparato ideológico del Estado.

El intento de Krushov por reformar y reestructurar la economía, buscando mejorar la agricultura y prestando más atención a la producción de bienes de consumo, la vivienda y las prestaciones sociales, fue saboteados por los altos mandos del ejército y la burocracia y, en 1964, debió de abandonar el poder. Otros intentos reformistas posteriores no tuvieron mejor suerte.

En la década de los setenta, dice Castells, la brecha tecnológica entre Estados Unidos y la Unión Soviética alcanzó proporciones preocupantes, pero la burocracia soviética, en lugar de aprovechar la gran capacidad científica instalada en sus laboratorios militares, decidió que el robo, el espionaje científico y la adaptación de la tecnología secuestrada eran el mejor camino para salvar, en poco tiempo, la distancia en el campo de las tecnologías informáticas. Pero como es sabido, los efectos de esta torpe decisión acentuaron la brecha entre ambas potencias y la reforma del sistema soviético se volvió indispensable.

El último intento por vigorizar el sistema fue encabezado por Mijaíl Gorbachov. Pero además de la modernización tecnológica y la reestructuración económica, otros problemas también importantes se manifestaron. El de mayor impacto fue, sin duda, la desintegración de la federación soviética, la que saltó en años a causa del resurgimiento de los nacionalismos, hasta entonces contenidos por el régimen.

Castells piensa que, si bien el fortalecimiento de las identidades nacionales contribuyó a socavar la solidez del Estado soviético, la incapacidad del aparato dirigente para incorporar las nuevas bases tecnológicas y económicas “fue la causa subyacente más poderosa de la crisis del sistema...” (p. 63); pero la palanca externa que lo derrumbó de manera definitiva fue “la movilización política de las repúblicas... contra la superestructura del Estado Federal anacional...” (p. 71).

Al mismo tiempo que las nuevas tecnologías imponen su red global de dominio en los procesos económicos, una inmensa estela de pobreza y de marginación social se derrama sin que ninguna barrera pueda contenerla. En el continente africano, la mayoría de



los países están completamente excluidos de la economía global, y los Estados nación están a punto de regresar a la condición de tribus, sujetas a todo tipo de predaciones de parte de las propias instituciones; a ejercicios del poder personal sin freno, a las guerras de exterminación por cuestiones étnicas, a la muerte por hambre e inanición, a la devastación social por la epidemia de Sida y gravemente amenazadas por la desintegración colectiva.

Salvo en Nigeria y en Sudáfrica, el continente experimenta un grave deterioro del trabajo, un marcado descenso en la producción de alimentos y una absoluta desorganización de la producción y de los medios de vida. La violencia, saqueos, matanzas y la epidemia de Sida afectan a millones de personas en las ciudades y en el campo, dejando un panorama de desolación, de consecuencias imprevisibles.

Castells piensa que la economía sudafricana puede convertirse en la “locomotora” que remonte a este continente, casi sin esperanza. Sin embargo, también reconoce que Sudáfrica tiene graves problemas internos aún por resolver y no muestra mucho entusiasmo en asumir tal responsabilidad.

La miseria y la exclusión social no son un privilegio africano; sus efectos se sienten incluso en Estados Unidos, la nación más poderosa del mundo en este momento, en donde, no obstante, la pobreza aumenta a ritmo vertiginoso a causa de la desindustrialización provocada por la globalización de la producción industrial; por la individualización e interconexión laboral inducidas por el informacionalismo, por la incorporación laboral de las mujeres y por la crisis de la familia patriarcal.

Las fuentes de empleo y los salarios han descendido aceleradamente; las bases de operación del sindi-

calismo estadounidense se han desarticulado y los trabajadores, sin medios de defensa organizados, tienen que enfrentar por su cuenta y de manera individual las negociaciones de su contrato laboral. El paro laboral ha desembocado en una “nueva pobreza”, caracterizada por la incapacidad de miles de familias para sostenerse con lo que ganan. Uno de los rostros de esta miseria, dice Castells, es el creciente número de familias y personas sin casa, que no pueden cumplir con el “sueño americano” de tener un techo bajo el cual vivir.

Estos nichos de miseria se localizan, sobre todo, en los viejos centros históricos de las grandes ciudades, cuyos edificios viejos y abandonados por la remodelación urbana sirven de refugio a los excluidos del sistema, exclusión que mantiene un notorio tinte racista, en perjuicio de los negros y de las poblaciones de minorías latinas y grupos de indocumentados. Este gueto urbano, dice Castells, es producto de la “relación sistémica entre las transformaciones estructurales... características de la nueva sociedad red...” (p. 163).

La pobreza y la exclusión no tienen, por el momento, ninguna alternativa social viable, porque los guetos mantienen las peores condiciones educativas del país, así como escasez de servicios y crisis familiares que empujan a las nuevas generaciones hacia el camino del delito, como alternativa de sobrevivencia. Oleadas de hombres y de mujeres, socialmente excluidos, conforman masas inermes que, en más de una ocasión, tendrán la cárcel como destino, al grado de que la población penal de Estados Unidos suma un millón 600 mil internos, y otros tres millones 800 mil personas están sujetas a restricciones judiciales de libertad.



La pobreza generalizada también ha abierto una brecha para la inclusión laboral de los niños, quienes tienen que sumarse en edad temprana a los esfuerzos familiares para alcanzar la subsistencia. La escuela se abandona y los pequeños se contratan en una gama de actividades en las que son explotados y manipulados; son indefensos en todos los sentidos y por lo tanto resultan más baratos y son fácilmente desecharables. Una explotación más degradante de los niños ha tomado auge en el mundo: la explotación sexual. En el mercado de la prostitución infantil se calcula entre 100 mil a 300 mil los niños que son prostituidos en todo el mundo. La pobreza y las crisis familiares proveen la materia prima de las redes criminales que controlan la prostitución a escala global.

En la era de la información, el delito se ha globalizado. El crimen organizado ha logrado superar desconfianzas y antagonismos anteriores, estableciendo verdaderas alianzas estratégicas de colaboración, bajo diferentes esquemas de relación, a partir de una lógica organizativa similar a la empresa red. Estas organizaciones parten de una base nacional o regional; de una identidad cultural o étnica, en las que están presentes desde las mafias estadounidenses y las rusas, hasta las sicilianas, colombianas, chinas y la mexicana entre otras. Además del tráfico de drogas, estas mafias internacionalizadas tienen como negocios rentables: el tráfico de armas, convencionales y nucleares; el contrabando de inmigrantes ilegales; tráfico de mujeres y niños para la prostitución; la venta de órganos humanos para transplantes y el blanqueo de dinero.

Dice Castells que: “Cuando y donde no hay regulación y control por parte de las fuerzas legítimas del Estado, se impone el control despiadado de las fuer-

zas ilegítimas de grupos privados violentos. Los mercados sin restricciones equivalen a sociedades salvajes” (p. 212; nota al pie). La debilidad del Estado ruso y la desintegración de las instituciones nacionales en algunos países de América latina han tenido, como una de sus principales consecuencias, la irrupción de las mafias organizadas como fuerzas que le disputan al Estado el control social.

El incremento del narcotráfico en América latina ha provocado cambios profundos en la economía y en la política de la región. Esta “industria”, como la considera Castells, ofrece como principales productos al mercado del vicio: coca, cocaína, marihuana y anfetaminas. Los carteles latinoamericanos son organizaciones descentralizadas que están permeando y marcando a los países que utilizan como rutas comerciales. Esta industria tiene las siguientes características: está dirigida a la demanda y orientada a la exportación, teniendo a Estados Unidos como su principal mercado, al que se han sumado Europa y Asia; es una industria internacionalizada, con una división del trabajo muy eficiente, que protege la ruta y el traslado de la droga en diferentes regiones; cuenta con un gran apoyo logístico de empresarios y funcionarios públicos para lavar el dinero y reciclarlo en diferentes negocios y actividades legales; ejerce una coacción intimidante por medio de la violencia extrema y funciona en una amplia gama de países, por medio de la corrupción y penetración de las instituciones de seguridad.

Gracias a los recursos económicos de que dispone y a la violencia que ejerce, esta ilícita actividad ha causado profundos impactos en la economía, la política y la cultura de los países en los que actúa con mayor presencia. La penetración de las instituciones



encargadas de combatirla también contribuye al debilitamiento de la soberanía de muchos Estados nación, los cuales ven perdida su legitimidad y su capacidad para imponer la ley y el orden. La vida llena de aventuras de los narcotraficantes, así como las grandes riquezas que acumulan en poco tiempo, han impulsado, en amplios sectores sociales, formas culturales que manifiestan en canciones y conductas de imitación, de parte de muchos jóvenes, surgiendo como modelos a seguir ante una realidad social que les niega otras opciones para mejorar sus condiciones de vida.

En la parte final de su investigación, Castells reflexiona en torno a las características de dos regiones económicas: el Pacífico asiático y la Unión Europea.

Se pregunta si una región tan diversa en cultura e intereses como el Pacífico asiático puede ser realmente considerada una región integrada, concluyendo después de un profundo análisis de Taiwán, China, Japón, Singapur, Corea del sur y Hong Kong, que tal identidad no existe.

En Europa, por su parte, a pesar de las grandes contradicciones y conflictos históricos que han enfrentado los países que integran dicho continente, existe, dice Castells, un proceso de integración muy avanzado. La Unión Europea, sin sustituir a los Estados nación, logró convertirse en un instrumento de sobrevivencia de la región, en la era de la globalización. La nueva forma de Estado que ahí se está construyendo es “el Estado Red. Un Estado caracterizado por compartir la autoridad (es decir, en último término, la capacidad de imponer la violencia legitimada) a lo largo de una red” (p. 367).

En sus conclusiones, Castells recapitula sobre los fundamentos y cambios trascendentales que definen

a la sociedad de la era de la información. Reconoce las ventajas y las desventajas; las virtudes y modalidades de lo que llama el modo de desarrollo informacional, y las amenazas al mismo que provienen de las masas de los excluidos.

Parafraseando a Descartes, afirma: "Pienso, luego produzco"; confiado en que está por llegar una nueva época que libere al hombre de las fatigas del trabajo, gracias al poder de su mente. Piensa que el viejo sueño de la Ilustración, de que la Ciencia y la Razón resolverían los problemas del Hombre, está a la mano. Un nuevo mundo, una sociedad armónica que rompa las brechas de intereses que nos dividen, puede ser construido a base de la comprensión, el diálogo y por la acción social consciente apoyada por la legitimidad.

Comentarios y reflexiones finales

*La obra de Castells merece reconocimiento por diferentes razones: el esfuerzo de años dedicados a entender los cambios profundos que se están gestando en la economía, la política y la cultura global; la gran cantidad de cifras y datos empíricos que la convierten en fuente obligada para sociólogos y economistas; la visión *multicultural* y el recurso del método comparativo que le permite descubrir, en lo diverso, las causas que están presentes en los cambios de fondo que viven las sociedades en este momento histórico; en fin, la obra de Castells cumple las características más importantes del concepto común de ciencia y del conocimiento científico, como son la recopilación sistemática y metodológica de conocimientos y la presencia de un cuerpo de hipótesis y*

verdades generales que explican hechos e intentan predecir el futuro.

Desde el principio, Castells advierte a sus lectores que su propósito es hacer preguntas a la realidad, dejando las respuestas en manos de los políticos y de los intelectuales. Sin embargo, a lo largo de sus tres volúmenes, queda claro un objetivo bien definido: demostrar que las nuevas técnicas informativas son el nuevo modo de desarrollo que está haciendo posible el surgimiento de una nueva era social. Convierte al conocimiento y a su procesamiento informacional en la nueva fuente de plusvalía de la economía mundial; afirma que el uso y el control del conocimiento tienen como destino casi determinado el fin de la vieja sociedad con todo y sus nacionalismos e identidades. El conocimiento se convierte entonces en el nuevo fetiche y todo lo que toque será rejuvenecido e incorporado a la nueva historia, y lo que quede fuera de su influencia tendrá como destino el fin de la historia y el olvido. Una debilidad importante del planteamiento hipotético de Castells es su desmedida valoración de la tecnología en los procesos de cambio social, a la que llega a considerar, si no la única, sí la más importante en la evolución social e histórica de los pueblos y naciones del mundo.

Discípulo de Althouser, conserva en su exposición la influencia de la escuela estructuralista a pesar de que, en el Prólogo de su obra, afirma ser un investigador pragmático alejado de toda ortodoxia dogmática. En sus reflexiones finales, Castells reconoce que no cree “que una clasificación de intelectuales y sociólogos entre izquierda y derecha refleje diferencias cualitativas importantes entre los dos grupos” (p. 393; Vol. III). En el siglo XX, dice, los filósofos, siguiendo a Carlos Marx, han “estado intentando cambiar el

mundo"; en el siglo XXI (siguiendo a Feuerbach), "ya es hora de que lo interpreten de forma diferente" (Idem.).

La *sociedad* que Castells nos anuncia, y que de hecho ya se encuentra en la vida económica de las naciones desarrolladas, no está exenta de contradicciones y resistencias, como lo reconoce en los volúmenes II y III. Al mismo tiempo que se acumulan grandes riquezas en pocas partes del mundo, la miseria y la exclusión laceran a millones de personas. Las clases sociales desaparecerán para convertirse en tribus y comunas, mientras los grandes potentados se atrincherarán en palacios "inmateriales compuestos por redes de comunicación y flujos de información" (Op. Cit. p. 386). Para poder reconstruir las instituciones, las comunas tendrán que convertirse en identidades proyecto y presentar una larga lucha para lograr sus objetivos. El trabajo humano producirá más y mejor con un menor esfuerzo; y el trabajo mental suplirá al físico en los sectores más productivos de la economía. La economía global segmentará al planeta en espacios de poder, riqueza y bienestar, enfrentados a las regiones de miseria, atraso y exclusión. Los excluidos no permanecerán inmóviles y pasivos y los fundamentalismos representarán el mayor desafío al dominio del capitalismo. Los Estados nación, dice Castells, sobrevivirán, pero no así su soberanía; la economía mundial será gobernada por un conjunto de instituciones multilaterales interconectadas y la geopolítica también será controlada por el multilateralismo. La criminalidad llegará a las casas de los ciudadanos y el crimen organizado y el terrorismo encontrarán formas sofisticadas para dar golpes espectaculares. Ante la debilidad de los Estados nación, se fortalecerán los gobiernos regionales y locales; en



tanto que las personas estarán más lejos de los partidos políticos y de las instituciones del poder, refugiándose en su individualidad, en su trabajo y en sus vidas.

¿Qué hacer? Castells considera que tal estado de cosas no debe ser de esa manera: "No hay nada que no pueda ser cambiado por la acción social consciente e intencionada, provista de información y apoyada por la legitimidad" (p. 394). Pero no es el camino de la revolución el que propone, sino el de la solidaridad y comprensión entre patrones y empleados; el de la restauración de la democracia y la cultura; el de la identidad con el planeta, la armonía con la naturaleza y la paz entre los hombres.

Las vías para salir del nuevo capitalismo, más salvaje que los anteriores, se están discutiendo en todas partes y es de suponerse que nuevas formas de acción social y política están por descubrirse. Los hombres, pueblos y naciones, que tienen su vida y futuro en juego, no renunciarán fácilmente a ser partícipes de los beneficios económicos y sociales que las nuevas tecnologías han generado. La lucha por la justicia no queda cancelada, simplemente asumirá nuevas formas y estrategias de acción. ■